

como substancia, han reducido lo demás á modos de la misma. Las categorías ó leyes fundamentales son en su concepto modos de la substancia.

Desde el punto de vista de las funciones, ó sea desde la síntesis viviente, los modos no son más que *generalidades*, correlativas con las cosas en particular.

En la realización viviente puede la función ser considerada bajo el modo infinito ó sea indeterminado; y bajo el modo finito ó sea determinado; objetivamente, en el modo determinado, y subjetivamente, en el modo indeterminado.

Cabe asimismo estudiar los modos corporal y espiritual, individual y colectivo, etc.

Modos de la substancia y de la instancia.—Los modos de la substancia de Espinosa son análogos á los modos de la sensibilidad de Kant.

Todo son juegos de relación, que identifica por un lado mientras distingue por otro.

Espinosa relaciona reflexivamente en el espacio *dos* con *uno* haciendo tres, y Kant relaciona el espacio y el tiempo (*dos*) con *uno*, sensibilidad.

El sentimiento sintetiza, en efecto, el polo espacio y el polo tiempo, y la reflexión por el contrario los analiza, fijando en el espacio íntimo lo que aparece en el tiempo.

Modos de ser y hacer.—Hay dos modos fundamentales de ser, y otros dos de hacer.

Los dos modos de ser son sujeto y objeto (oración, de fenómeno y ley).

Los dos modos de hacer son activo y pasivo (verbo ó función).

En la práctica el modo activo es autonomía, el modo pasivo heteronomía.

Modus vivendi, modo de vivir. Modo transitorio de vivir sin teoría definitiva

La ciencia viviente (modo de vivir científico) no hace más que elevar el *modus vivendi* usual de la inteligencia á pacto definitivo intelectual.

Sustituye un tipo relativamente definido á todas las incongruencias del empirismo.

Molde, del latín *modulus*.—El espacio es el molde material de nuestro cuerpo. Así nos amoldan el Cosmos, la topografía y las vicisitudes meteorológicas.

Contra este molde nos defendemos, escapándonos por la tangente del tiempo y del coeficiente indefinido de la vida.

Molécula, del griego *myles*, mole.—Masa imaginaria, lo más pequeña posible, de un cuerpo, simple ó compuesto de otras moléculas que en último caso reciben el nombre de átomos.

Así como materia es nombre general de los cuerpos, molécula es nombre general de las partes de los cuerpos; generalidad que está sólo en la *idea*, y que se imagina como si fuera en efecto, sin dejar de ser idea, algo comprobable exteriormente. En el hecho de realizarse el átomo como cuerpo verdadero, convirtiéndose en parte efectiva, desaparecería y queda sólo en el pensamiento, como posibilidad de partes (moléculas) no definidas actualmente.

Moleschot, filósofo alemán que, con Feuerbach y Buchner, inició una reacción contra las tendencias idealistas de Kant, Fichte, Hegel y Schelling.

Todo lo reducían estos neopositivistas á fuerza y materia, identifica-

das en una sola función, universal eterna.

«El cambio—dice Moleschot—de estas materias es una *fuerza eterna*, que todo lo rejuvenece como una fuente de Juvencio siempre corriente... Es en verdad un dogma trivial el que nos hace ver en cada comida una cena; en la cual metamorfoseamos una substancia sin pensamiento en hombres pensantes; en la cual comemos realmente la carne y la sangre del espíritu, que repartimos y conservaremos en el mundo, mediante los hijos de nuestros hijos hasta la consumación de los siglos.»

¡Optimismo materialistas, que bien considerados, no carecen menos de solidez que los optimismos idealistas!

¡Como si pensara en algo posible quien tiene, por base y norma de pensar, la *eternidad* de la materia y de la fuerza!

Desgraciada ó afortunadamente todo tiene principio definido y fin indefinido en la vida humana; principio y fin siempre definidos en el mundo inorgánico con ella relacionado.

Molestia, voz derivada del latín.—Sentimiento de malestar poco definido, que persigue á menudo á los que ambicionan un bien completo.

No es bien que moleste siempre la contradicción á nuestras aspiraciones; porque suele suceder que combatimos enemigos imaginarios y tenemos el mayor enemigo en casa.

Momento, del latín *movimentum*.—Molécula de tiempo no menos imaginaria que la de espacio.

El momento de obrar es inaccesible; pasa tan rápidamente que no hay forma de medirle.

El pensamiento le concibe y aun realiza en el acto voluntario.

En cambio lo realizado en un momento, es siempre alguna cosa apreciable y medible en el espacio y aun en el tiempo.

Aquí, como en todo, la unidad subjetiva es imaginaria: la unidad objetiva es ya cuestión de relación y nunca de unidad absoluta.

Mónada, del griego *monás*, uno absoluto.—Unidad de espacio y de tiempo, unidad funcional imaginaria, que sólo tiene la realidad correspondiente en la vida del pensamiento, en un fugitivo instante, susceptible de comprender indefinido número de relaciones sintetizadas en el sujeto pensante.

Molécula ó momento de la vida espiritual, la mónada es un ideal momentáneo, abstracto; no una idea relacionada explícitamente con la realidad exterior

Es más bien una idea relacionada con la no realidad, con lo que ni es realidad, ni aun idea de una realidad, sino idea que se fragua en lo indefinido, un cuerpo ideal.

Nada extraño es, que este cuerpo ideal no se realice en la naturaleza, sino al modo finito y determinado que caracteriza á todo lo natural.

Mónada pitagórica.—Pitágoras concebía la unidad absoluta como base, y compendio á la par, del Universo. Era en rigor *una* como base, y *múltiple* como compendio: una y múltiple ya como ideal, lógica; correlativa además con el uno múltiple objetivo, que aparece, representando la unidad matemática, en el mundo exterior y tangible.

De análogo sentido son otras mónadas, concebidas con distintas formas en varios sistemas filosóficos (átomos, homeomerías, elementos substanciales ó dinámicos).

Donde quiera que han pretendido los filósofos vincular la *unidad absoluta*, han tenido que contentarse con la *unidad relativa*.

Monarquía, del griego *mónos*, uno, y *arché*, mando.—Gobierno ó estado representado por una persona, y comunmente de carácter hereditario.

En la precisión de definir la ley y la función social, mediante número limitado de personas, por la imposibilidad de confiar en una definición unánime, hecha directamente por la colectividad de individuos diseminados y libres; puede recaer la elección en un solo individuo, como puede recaer en muchos, y ser la elección vitalicia y aun hereditaria. Nada hay en esto de fundamental ó absoluto.

La forma de gobierno ha de ser adecuada á las exigencias de los tiempos y á las condiciones de los gobernados.

Monje, del griego *monachòs*, el que vive en la soledad.—El que renuncia á la vida transitoria por aspirar á la eterna.

La aspiración á la vida eterna es carácter esencial de la vida transitoria. Procede, sin embargo, no realizar semejante aspiración, ni más acá, ni más allá del límite conveniente para el bien del individuo y de las colectividades humanas. Cuál sea este límite en cada caso particular, lo han de decidir el estudio de las condiciones del momento y la inspiración personal.

Monograma, del griego *mónos*, único, y *gramma*, letra.—Letra única, y compuesta de dos, relacionadas entre sí, de modo que se identifican sin dejar de distinguirse, y viceversa.

Casi todas las palabras (y son muchas) que comienzan con *mónos*, re-

lacionan la unidad con la dualidad y la pluralidad.

El *mónos* absoluto no significa en griego ni en castellano más que *unidad*. En el lenguaje de la ciencia viviente, unidad absoluta equivale á *ninguna cosa* en teoría. En la práctica coincide, al menos, la unidad con la pluralidad, como *tendencia á la unidad*.

Esta tendencia es imposición indispensable, polo sistemático, contrapuesto á la existencia de la pluralidad.

Los dos polos sistemáticos se necesitan y suponen mutuamente de tal suerte, que sin cualquiera de ellos habría de desaparecer el otro.

Entre los dos se concibe *prácticamente* la relación indispensable para salvar su *teórica* é invariable contraposición.

Bastan estas consideraciones para allanar el concepto propio de palabras, tales como monoteísmo, monogénesis, monomio, monopolio, monotonía, etc.

Monomanía.—Locura localizada especialmente en un orden de ideas.

La condición individual del pensamiento, hace que se distinga siempre por diferencias personales más ó menos acentuadas.—Estas diferencias individuales, compatibles generalmente con acuerdo común, que es el *modus vivendi* de los ciudadanos de una república; se exageran á veces hasta ofuscar por completo la razón, respecto de un orden determinado de las funciones que la competen.

Monstruo, del latín *mostrare*, mostrar.—Se llama así todo engendro que difiere notablemente del tipo usual á que corresponde. En lo bueno y en lo malo puede haber monstruosidad; pero se califica así principal-

mente lo que realiza una degradación del tipo.

Montesquiu, sabio francés del siglo XVIII, muy conocido por sus estudios acerca de las leyes.

Las leyes en que se ocupó Montesquiu no fueron las *autonómicas de la razón*, sino más bien las escritas en los códigos jurídicos.

En lugar de subordinar las escritas en los libros á las escritas *espontáneamente* en el pensamiento por el pensamiento mismo, se refirió más bien á las escritas en la *Naturaleza*.

«Las leyes—dijo—son las relaciones necesarias que se derivan de la *Naturaleza de las cosas*... La verdadera ley de la humanidad es la razón humana en cuanto gobierna todos los pueblos de la tierra. Decir que nada hay *justo* ni *injusto*, sino en cuanto lo ordenan ó lo prohíben leyes positivas, equivale á decir que antes de haberse trazado un círculo no eran iguales todos los radios».

Aunque en la segunda parte de este período parece que rectifica la primera, y lo hace muy oportunamente, en lo que se refiere á la *necesidad de las leyes naturales*; nada añade respecto de la *libertad* con que las *dicta* el pensamiento, en correlación con la *necesidad moral* de cumplirlas que impone al pensamiento mismo, y con la de representarlas ya cumplidas, que es el oficio de lo inorgánico contrapuesto á lo viviente.

Montaigne, filósofo francés del siglo XVI, que reprodujo, contra la ciencia, los argumentos de los antiguos escépticos.

Se preguntó *¿qué sé yo?* A lo que contestó su discípulo Charron: *No sé*, sustituyendo la razón por la creencia.

Era natural. Este camino sigue

siempre la inteligencia en sus excursiones por el estadio filosófico.

Moral, del latín *mos*, costumbre.—Moral es función (práctica) exclusivamente ejercitada por la vida, y la ejercita eminentemente la vida del pensamiento.

Los demás vivientes la ejercitan también con el nombre de (costumbre).

Los seres inorgánicos no son morales, ni aun inmorales, en el sentido práctico. Tampoco lo son el vegetal ni el animal.

La costumbre ideal puede ser buena ó mala en particular, según que se aparte ó no del tipo ideal de la moralidad que el pensamiento proporciona.

Viviendo el pensamiento en la región subjetiva, que es la de la ley, la de lo general; su tipo del bien no puede ser otro que el bien general.

Por eso, moralidad es función que pone, propone é impone, el bien con preferencia decidida á favor del bien general.

El bien y el mal en el pensamiento son: 1.º, presencia ó falta de correlación sentida en la conciencia, entre el tipo moral y lo subordinado á este tipo; 2.º, placer ó dolor intelectual; y 3.º, enfermedad ó salud del pensamiento.

En el animal falta el primero de estos modos; en el vegetal faltan el primero y el segundo.

El hombre es el que reina por su privilegiada categoría, que le permite officiar como centro común vegetativo, animal y racional.

Moral cíclica.—La función moral en sus dos fases activa y pasiva, parece á primera vista un círculo *vicioso*.

Teóricamente lo sería; pero el círculo se rompe en la práctica.

Inmovilizado el pensamiento dentro de su propio tipo exclamaría:

¡Se debe *hacer* lo que debe *ser* hecho:—Debe *ser hecho* lo que se *debe hacer*!

Esto en general (teoría moral).

El que hace en particular (práctica moral), rompe el círculo moral teórico. En un momento dado hace lo que no debe hacer ó hace lo que debe hacer; y tornándole á cerrar, neutraliza estas salidas no decidiéndose por la una ni por la otra.

Moral interhumana.—Estudio de la función viviente como pensamiento relacionado con el bien del prójimo, y reflejado además como bien divino.

La moral interhumana es una religión práctica, y lo que llamamos religión, una moral teórica sobrehumana. Ambas deben coincidir, reconociendo la imposibilidad de pasar de ciertos límites, que hasta les conviene confesar, para afirmarse cada cual en su terreno propio.

Moral racional y religión tienen el límite común de la ignorancia, que aqueja á la *sabiduría* y que la obliga á refugiarse en la *creencia*.

Son dos creencias distintas; pero sin perder esta distinción han de identificarse de algún modo; si quieren vivir en armónica relación, y no arrastrar por el contrario vida miserable en desorden y aun guerra perpetua.

El desorden y la guerra afean y bastardean ese *bien* moral, que es tema común de las aspiraciones de la ciencia y de la religión.

Moral teórico-práctica.—La moral se revela en forma, relativamente teórica, como verdad contra-

puesta al error, y resplandece en la práctica como belleza (bondad objetiva) contrapuesta á bondad subjetiva que es la más alta bondad.

La verdad resulta hecha en cuanto resulta el equilibrio, la armonía, entre el fenómeno, y la ley, entre lo real y lo ideal.

Hecha esta armonía, y reconocida en el pensamiento como tipo ó regla teórica del bien; resta consolidarla prácticamente en las dos esferas interna y externa; moral propiamente dicha y práctica artística. El lado artístico contiene á su vez las dos fases estética é industrial.

Si se llama *razón pura* á la teoría y la práctica que concurren á la investigación de la verdad, tanto lógica como matemática, y como aplicación particular de lo matemático y lo lógico á la experiencia interna; lo que se llama razón práctica será doblemente práctica, práctica en segundo grado; al ejercitarse en realizar el bien moral ó general y el bien particular ó artístico.

Así se encadenan los bienes, que en el mundo se distinguen en varios conceptos, y se identifican en el bien universal; tipo imaginado como divino y comprensivo en general de todas las armonías y bienes correlativos en el mundo humano, imitación grosera del divino.

La llamada *propiamente* moral es el bien de la ley; bien interno que manda, concurrir con él á la salud del espíritu propio individual, y á la salud del espíritu colectivo, representantes subordinados al grande espíritu que se llama divinidad.

La moral teórica se traduce prácticamente en costumbres, y las costumbres, aun siendo siempre prácticas relativamente á la lógica abstrac-

ta; son susceptibles de ser abstraídas en relativa inmovilidad, sodificadas en el pensamiento ó en los libros, y de ser, ó no, cumplidas estrictamente; dando en el caso de incumplimiento, lugar á la formación de costumbres subordinadas, que á veces llegan á sustituir á sus predecesoras en el curso de los acontecimientos humanos.

Por ser el pensamiento función de legislar, ya en sentido puro (lógico), ya en sentido práctico (moral), se ha llamado á menudo función moral á toda función del pensamiento, en contraposición á las llamadas funciones físicas, propiedad de lo inorgánico. Mas, es preciso hacer sobre este punto las debidas restricciones, para que no se introduzca confusión é inexactitud en los conceptos.

La moral propiamente dicha versa sobre leyes prácticas (costumbres) de la esfera ideal, y no comprende la práctica externa, estética é industrial, ni la correlación entre la externa y la interna (verdad). Así es que, si en un sentido se ha ampliado mucho el significado de la palabra moral, en otro se le ha restringido demasiado, aplicándola si al bien, mas no ya al bien de cualquier índole, estético (belleza), subjetivo (bondad) y coordinación de lo subjetivo con lo objetivo (verdad); sino solamente al estadio de las aplicaciones del bien subjetivo, de la práctica de buenas obras para el ejercicio del bien individual en la generalidad de nuestros prójimos, miembros como nosotros de la gran familia humana.

Mortificar.—¿Por qué se dice que mortifica (mata) lo que acaso no hace más que herir levemente el amor propio, y aun algún otro amor de menos importancia? Tal vez para indi-

car cierto grado de malestar pasional, acentuando su energía con la palabra.

Con más propiedad se dice que se mortifica aquel que castiga su cuerpo y sus pasiones, para *domarlas* y dejar á salvo la libertad del espíritu.

La mortificación vegetativa es ya verdadera muerte de la parte gangrenada.

Moschus, filósofo fenicio, á quien se supone anterior á la guerra de Troya é inventor del atomismo, que mucho más tarde fué doctrina de Leucipo y Demócrito.

Más ó menos claras, apenas hay ideas que no puedan remontarse á mayor ó menor antigüedad; lo cual nada tiene de extraño, puesto que el semillero de todas las ideas es inherente al pensamiento de cada hombre, que dejaría de ser lo que es, si dejara de encerrar la *potencia*, que ejercitada ulteriormente, se eleva á las cumbres de lo ideal indefinidamente definido.

Motivo, del latín *motus*, movimiento.—Idea que figura como determinante de la acción voluntaria.

La voluntad, dicen algunos, no se determina sin motivos, luego no es libre.

Ciertamente no es libre en absoluto, pero no bastan los motivos para determinar la voluntad. Casos hay en que la determinación es urgente, y los motivos no están bastante claros: entonces no puede menos de determinarse la voluntad por sí sola, ó sea con libertad relativamente absoluta.

Aun fuera de tales casos, ni los motivos, ni menos los móviles, ni los excitantes del mundo externo, son otra cosa que precursores necesarios del *acto voluntario*; y el acto voluntario ha de surgir espontáneamente á cada

instante en estos dos conceptos, simultáneos ó sucesivos: primero, para hacerse idealmente en el pensamiento; y segundo, para realizarse en el mundo externo. En ambos casos figura la libertad, no absoluta, pero si necesariamente relativa.

Dotados ya de relativa autonomía, los motivos se imponen al hombre razonable; mas éste, para impulsarlos por su cuenta, necesita *consentirlos*; y los motivos no son los que *consienten* su propia ejecución definitiva.

El consentimiento es *función* su prema de reflexión que, coordinada con el sentimiento de móviles y motivos, distingue al hombre y le libra de ser animal ó planta.

Esto no es decir que la planta y el animal no consientan también, cada cual á su modo, pero la planta simboliza el sentimiento haciéndose orgánicamente, y el animal consiente por sentimiento no reflexionado, esto es, *no consentido* en su propia definición, en la cumbre que proyecta, al definirse como luz en la síntesis viviente.

Motodinamia.—Hay una fuerza de movimiento, una *motodinamia objetiva*, que copia á su modo la motodinamia procedente del otro polo que se llama subjetivo, y que sólo emite la fuerza activa del sujeto viviente.

La fuerza de lo inorgánico cuadra al concepto de necesidad teórica, ley sancionada por la práctica, con las excepciones atribuibles, no á causa conocida, sino á causa desconocida *casualidad*.

Lo que en la fuerza física, en la mecánica, es casualidad, en la función viviente se transforma en libertad y causalidad teórica; que en la práctica es cumplida, sin perjuicio de las restricciones, que se oponen á esta prác-

tica subjetiva, siempre atribuibles á la esfera externa y objetiva en correlación con la subjetiva.

Motor, del sanscrito *me*, agitar, griego *móthos*, latín *motus*.—El que mueve exterior ó interiormente.

El que mueve exteriormente es movido á su vez. El que mueve interiormente puede aparecer inmóvil en el espacio respecto del primero; mas entonces si no se mueve en el espacio, se mueve á sí propio en el tiempo.

El motor inmóvil de Aristóteles no puede concebirse sino como función subjetiva, y no objetiva, como suponía aquel filósofo.

El imán es un motor aparentemente inmóvil en la Naturaleza inorgánica, mas el imán es movido en sus relaciones con el espacio, con la tierra y con todo el sistema planetario, y no se mueve á sí propio.

No hay motor inmóvil en el ámbito de lo definido.

Sólo hay un *motor indefinido*, que resulta activo respecto de todos los motores definidos, que pasan enfrente de él á la categoría de pasivos.

Motor inorgánico.—El movimiento en todos sus modos y condiciones supone materia movida y *fuerza* que la mueva.

No se comprende el aniquilamiento absoluto de la materia ni de la fuerza, porque si se comprendiera, se comprendería la nada, que es incomprendible.

Pero se comprende el aniquilamiento relativo. Una forma material puede desaparecer, una fuerza ó movimiento material pueden cesar. Enfrente de lo que cesa ó desaparece, otras formas materiales, ú otras fuerzas, aparecen reemplazando á las ya desaparecidas. De aquí la ley de con-

servación paralela á la ley de insubsistencia y de cambio.—

Estas leyes generales, se realizan abstractamente en general, y de mil modos en particular; cumpliéndose más ó menos, sin llevar su incumplimiento á la anulación de la teoría.

Un móvil se embota y deja de moverse, en una masa blanda, ó bien comunica todo su movimiento á otro, dejando él de moverse, ó se mueve en sentido contrario, rechazado por la elasticidad.

El roce ó una resistencia anulan el movimiento, y cuando buscamos lo que entonces queda de éste, encontramos á veces la presión.

Por fin una necesidad de centro afecta á todo cuerpo respecto de la exterioridad, y esta necesidad es en lo inorgánico la gravitación.

La gravitación que no se traduce en movimiento se traduce en esfuerzo mecánico, hecho inmóvil en medio de él haciéndose en otras condiciones determinadas ó determinables.

Tal es el *motor mecánico* ó *inorgánico*.

Mototipia.—Tipo del movimiento.

El movimiento puede tener tipo continuo ó intermitente, como la cantidad es continua ó discreta.

El movimiento continuo, en general, es como el de un río, una corriente en una sola dirección. Hay, por lo tanto, movimientos continuos en direcciones opuestas.

Mas el movimiento continuo se *modifica* cambiando el mismo continuamente de dirección, en cuyo caso describe curvas cerradas (sistema astronómico).

Por último, la corriente continua curvilínea, se hace intermitente, rompiéndose la curva y cerrándose alter-

nativamente; en cuyo caso brota la vida en todas sus formas posibles.

Hegel sintió la corriente continua de las cosas; pero la concibió en un sólo sentido (curva cerrada), haciéndole curvilíneo de rectilíneo que era para Heráclito.

Le faltó concebirle en el sentido, si, de la curva cerrada, síntesis; pero además correlacionada con la curva abierta, análisis; y con el cruzamiento de ambas tesis.

Renouvier no quiso entregarse á corriente alguna, encastillándose en el entrecruzamiento rectilíneo de las tesis, que es fijeza relativa. Desde este punto de vista, parado ya el movimiento, se para la vida, y se estudia el cadáver (la relación) en cuanto determinada y positiva.

Movimiento, del sanscrito *mathas*, agitación.—Cambio de lugar, ó sea de relaciones en el espacio.

Es el movimiento uno de los modos del cambio, el cual puede hacerse en la cantidad y en la calidad, apareciendo en el espacio ó apareciendo además en el tiempo.

Los cambios que la persona siente en sí misma, sólo aparecen en el tiempo, los demás aparecen también en el espacio; se exteriorizan por caracteres que los representan.

El movimiento es el más elemental de los cambios, que se traducen al exterior.

Sujeto á reglas fijas en el reino inorgánico, es más ó menos espontáneo en el viviente.

Mas el cambio de un lugar á otro, necesita el mismo un cambio relativamente total, un principio y un fin de los cambios parciales que le constituyen; y la realización de esta necesidad aparece como fuerza dividida

en los dos extremos inicial y final, que se han llamado causas.

La medida de la causa inicial del movimiento mecánico está en el tiempo (velocidad), y la de la final, en el espacio movido (masa). El espacio movido no hace la variación, lo que la hace es el tiempo moviéndose ó multiplicándose á sí mismo, y de aquí la fórmula et².

Todas estas funciones y generaciones de movimientos no exceden, sin embargo, de la esfera mecánica (cuantitativa), y aun cuando desde allí simbolizan á las demás esferas, no dejan nunca de ser imposibles, cuando se las supone aisladas y desprovistas del elemento que simbolizan.

Significarían, así aisladas, si posible fuera aislarlas, sin dejar de concebir las, la eternidad del movimiento y de la fuerza, que es precisamente el concepto puro de la mecánica.

La realidad mecánica difiere de este concepto, como toda práctica puede diferir de la teoría correspondiente. El concepto se realiza lo más posible en el orden astronómico; pero se realiza de modo muy distinto en la tierra que habita el hombre.

Ahora bien: enfrente de todo lo mecánicamente determinado está el polo indefinido, y entre ambos polos la vida, que procede del uno (el indefinido) para tomar en el otro el cuerpo que necesita.

Algo análogo á la actividad del ser viviente (en cuanto puede ser análogo lo pasivo á lo activo) hay en las funciones propias de la tierra, enfrente de las que realiza como parte en el concierto universal astronómico.

Las funciones propias de la tierra son del dominio de la meteorología.

El movimiento de los astros, relativamente eterno, es la función más

alta del mundo fenomenal. El movimiento circulatorio del elemento líquido de la tierra, es también una función importantísima.

Sin embargo, ninguno de estos movimientos está sujeto á los caprichos de un individuo, conocido ni cognoscible por el hombre. Tal dependencia los haría tanto menos majestuosos é imponentes, cuanto más realizara la categoría del sujeto determinante.

El sujeto determinante absoluto sería Dios, y Dios no cabe en la particular función humana, por más que se relacione necesariamente con ella.

Movimiento continuo.—Tormento de la mecánica: hecho vulgar, realizado en las corrientes fenomenales del mundo objetivo, terrestre y estelar, y en las corrientes funcionales de los microcosmos ó mundos vivientes.

Es que no hay movimiento continuo en absoluto; pero sí movimientos relativamente continuos.

En un planeta determinado no se puede lograr, por un impulso externo, el movimiento continuo, sin que de continuo también, le modera la resistencia que se le opone.

A una resistencia constantemente reproducida, ha de corresponder una actividad constantemente reproducida, para que esta última aparezca continuamente.

Si nos limitamos á dar á un cuerpo un impulso fugaz, el movimiento será siempre proporcionado á este impulso inicial, y durará también proporcionalmente.

Entre dos cantidades de fuerza, desequilibradas por un momento, sólo durará el desequilibrio lo que dure la cantidad de fuerza desequilibradora.

El problema del movimiento conti-

no era insoluble por la forma en que estaba planteado.

Se quería resolverlo en teoría pura, y es problema que sólo admite solución teórico-práctica. La teoría pura inmoviliza lo que se mueve.

¿Cómo se había de resolver teóricamente un problema de movimiento y transición, problema que sólo aprecia el sentimiento (práctica del pensamiento); si se le plantea por el método (teoría) que desprecia la transición y el movimiento?

No se concibe el movimiento sin concebir el cambio, ni se concibe el cambio sino como principio y como fin.

Concebir, pues, un movimiento continuo en absoluto, es decir, sin principio ni fin, es concebir lo contradictorio en buena lógica.

Todavía, sin fin ó con fin definido en general, pero indefinido en particular, se concibe el movimiento en el ser que vive y podría concebirse muy bien en los astros; pero sin principio en absoluto, no. El hombre se concibe con principio relativo al transcurso de su propia vida.

Mudanza, del latín *mutare*, frecuentativo de *moverse*.—El cambio de lugar considerado indiferentemente, ó sea sin expresión de actividad ó pasividad.

El movimiento activo supone al pasivo y viceversa: la mudanza puede concebirse con ó sin la intervención de la actividad.

Para que exprese actividad subjetiva tiene el sujeto que decir *me mudo*; para expresar que es motor basta que diga *nuevo*.

Muerte, del sanscrito *mar*.—Fin de la vida, opuesto á su principio, el nacimiento.

La muerte, fin de la vida, es preci-

samente lo contrario á su fin ideal: eternidad de lo nacido.

¿Tiene fin real el mismo fin ideal? Por intervalos sí, durante el sueño, sobre todo si es profundo. Al menos nosotros no recordamos otra cosa.

Pero la vida ideal renace todos los días, y nos inspira el deseo y la esperanza de un renacimiento, aun después de la muerte del cuerpo, que como simple accidente de la Naturaleza, vuelve á ella abrigándose en el seno de la madre común.

Entre lo que enseña la realidad en el mundo y lo que promete la idea fuera del mundo, cabe vacilar. Si escuchamos, sin embargo, la voz de la ley, nos dice que la vida *debe* ser y la muerte no debe ser. A falta de otras razones, la ley moral nos obligaría á consentir la inmortalidad del alma.

Es el alma la generación indefinidamente prolongada de vidas particulares, dentro de vida indefinida y definible en particular y en general. ¿Cómo no ha de sentirse inclinada á *crear* en su propia función, por más que le conste el carácter fenomenal y finito de todos los *datos* que de ella se desprenden?

La muerte, corolario del nacimiento, es relativa como todo en la función viviente; es la linde indefinida de la función medianera entre lo definido y lo indefinido. Necesitando esta función durar sólo algún tiempo; porque si durara la eternidad, no sería función ó término medio, sino término contradictorio, ha de comenzar necesariamente, y *poder* al menos concluir en cualquier momento. El momento de morir no está predeterminado, como, dada ya la vida, lo está el de nacimiento; *puede*, pues, diferirse de día en día indefinidamente. Puede también reproducirse otra